

va España. Villareal y Vazquez de Tapia se llevaron inmensas cantidades, pues tenían orden no solo para sobornar á los consejeros, sino á mujeres insaciables que debían poner en juego todo el poder de su hermosura para ganar por el amor los corazones que resistieran á la codicia. Esto agotó los depósitos del fisco. Por otra parte, Barrientos, Benavides, Quintanar y otros que conocían bien la gran necesidad que se tenía de sus espadas, pedían con insolente autoridad el precio de sus servicios vergonzosos, y era fuerza pagarles mientras se encontraba un medio para deshacerse de ellos ó crear la division para atemorizar al uno con el otro.

Entretanto los impuestos llovían. Los indios para dar el oro pasaban como las piedras de mina, gimiendo triturados bajo la rastra. Era de temerse un levantamiento.

Pronto llegó el día en que no bastaba y aun era peligroso el impuesto.

Era necesario despojar á cualquier colono poderoso. No había medio. Negromonte aconsejó que una vez que era fuerza echar mano de la injusticia, se cometiese con el colono mas odiado por el pueblo.

—No será el colono,—replicó Fray Roque,—sino el dinero mas odiado.

—Cuál?

—El de Cortés. Paz le tiene.

—Adónde?

—No lo sé; pero hay modo de saberlo. Entretanto, sería necesario apoderarse de la parte visible.

—Pero olvidais,—dijo Salazar,—que si á Rodrigo no le quedan ya lanzas, cuenta con el amor de todos los habitantes de la villa?

Que dirá cosas medianamente divertidas y atroces.

EL gobierno quedaba, al parecer, definitivamente establecido. Estrada y Albornoz quedaban presos. Arróyave muerto. Andrés Tapia fugitivo. Paz, el mas temible, no tenía sino cincuenta arcabuceros al mando de un hombre de quien desconfiaba: Francisco de Medina.

Negromonte acechaba continuamente la oportunidad para dar el golpe á Salazar y á Chirinos; pero esto requería tiempo, actividad y cautela. Ya Villareal y Vazquez de Tapia, provistos de sus nombramientos, habían marchado para España con el fin de negociar los poderes de Negromonte. Este dejaba en la corte varios poderosos amigos, que con el móvil de fabulosas promesas, debían ayudar á los comisionados y unirse por lo pronto con todos los enemigos de Cortés para disponer contra el conquistador el ánimo del César, y crear de este modo la oportunidad para que se entregase á nuevos hombres el gobierno de la Nue-

Negromonte reconoció que Salazar decia lo muy cierto; pero eran grandes sus apuros, y era necesario despojar á Paz á toda costa.

—Queda un recurso,—dijo encogiendo las espaldas y sonriendo como el que va á decir un chiste.

—Cuál?—preguntaron todos.

—Divulgar la noticia de que Cortés ha muerto. De este modo podíamos inventariar sus bienes.

—*Optima!*—exclamó Fray Roque frotándose las manos; —yo me encargo de los funerales. Esperad..... yo conozco la madriguera de dos ó tres bellacós á quienes confieso..... Por San Jorge! Parecen hechos ex profeso para nuestro asunto!..... Son rezagados; mas bien prófugos de la expedición á las Hibueras. Haremos que lleguen á la ciudad cubiertos con el terror y el polvo de la derrota.

Dos dias despues de la anterior conversacion, la ciudad estaba consternada. Se habia sabido que Cortés y todos sus soldados habian sido víctimas de los caribes.

«Don Hernando ha muerto!» decian con voz trémula los amigos del conquistador. «Ha muerto nuestro padre!» repetian las vírgenes aztecas y los niños huérfanos que Cortés aposentaba en su palacio. «D. Hernando no existe!» clamaban los aventureros todos soltando el arma para llorar al generoso, al bueno, al temerario compañero de sus proezas. «Ya es difunto!» cantaba con fúnebres tañidos la llorosa campana del monasterio.

Entretanto, las madres, las esposas, los hijos, los hermanos, los amigos de todos los que habian marchado con Cortés, formaban, llorando, inmensos grupos en torno de tres hombres que se decian escapados, como por milagro, de la horrenda matanza.

Aquellos hombres, en efecto, eran reconocidos por todo el mundo como soldados de la expedición.

Venian despergeñados y cubiertos de andrajos. Enseñaban sus piernas maltratadas y contaban no se sabe qué horrorosas penalidades pasadas en caminos fragosos y en solitarios llanos, para escapar á la persecucion de los caribes.

Los espectadores, oyendo tan portentosas aventuras, callaban un instante, como el niño que interrumpe el llanto cuando encuentra un objeto de pasajera distraccion; pero á poco volvía el dolor con nueva furia, y se renovaban los lamentos y los gritos desesperados, hasta que de nuevo la voz de uno de los actores se levantaba para referir los trágicos pormenores de la muerte, y el bullicio quedaba entonces reducido á un ahogado coro de sollozos.

Todos los ojos tenian un velo de lágrimas; todas las bocas estaban entreabiertas. Dos de los aventureros estaban sentados en el suelo con la frente en la mano, y otro de ellos en pié, cubierta la cabeza con un casco lleno de abolladuras, y las barbas como encanecidas por el polvo, alzaba la mirada al cielo, y hablaba extendiendo sus brazos con el ademán de los profetas, dominando con su plañidero acento á la multitud conmovida.

—Calle!—dijo una mujer que con otros muchos de los simples curiosos acababa de descubrir al orador por sobre todas las cabezas.—Estaré soñando?..... mira, Glorianda, —añadió tomando por el brazo á otra jóven,—¿no es Pedro el que está ahí predicando?

—Toma! pues no le conoceis, Juana?—replicó la jóven; —el mismísimo como su madre le parió; Pero Valiente.

—Diantre de chistoso!.....pues buen susto les ha dado

á estas infelices personas..... Bah!..... qué hombre..... á ver, adónde está mi comadre..... qué ocurrencias tiene este Pedro!.....

La llamada Juana asió á Glorianda por un pliegue del vestido, y la llevó hasta donde estaban tres mujeres que lloraban con agudos gritos la pérdida de sus esposos.

—Eh!—les dijo riendo;—se acabó..... no hagais caso de nada; todo es mentira!.....

Entonces una de las viudas cesó repentinamente de gemir, descubrió su rostro, donde quedaban señaladas las arrugas de la basquiña, y con la boca abierta, las narices apretadas y los ojos medio deslumbrados, preguntó con una voz interrumpida por los sorbos:

—Cómo! decís que todo esto es mentira?

—Vaya! y mucho que sí, que es falso todo. Venid, venid..... todo es una broma de Pedro.

La viuda fué llevada á tirones hasta un sitio desde donde pudo contemplar al portador de las noticias. Le conoció, sin duda, porque dió un grito de sorpresa.

—Qué os decia yo?—dijo Juana más y más alegre;—Ah!..... esperadme aquí..... vuelvo muy pronto, voy á consolar á mis pobres vecinas.

Juana se perdió entre la multitud. La viuda se volvió adonde habia dejado á sus dos compañeras.

—Qué hay?—le preguntaron estas.

La viuda tronó al aire un beso de rabia, y exclamó:

—Todo es mentira!

—Mentira?—exclamaron las otras dos.

—Mentira!—repitió la primera con mas fuerza.

—Bah!—dijo la mas jóven golpeando el suelo con el pié; ya me lo figuraba.... si esta clase de cosas nunca salen cier-

tas. En qué parte se ha visto que perezca todo un ejército?

—Vaya!.....—exclamó otra de las viudas arrebuñándose en su manto;—pues yo me alegro..... Dios los conserve muchos años.

El diálogo frio y desconsolador se prolongaba todavía despues de media hora, cuando las tres mujeres fueron bruscamente atropelladas por una oleada del gentío.

—¡Jesus nos valga!—exclamaron haciendo esfuerzos para no rodar por la tierra;—qué es esto?.....

Era un turbion feroz que adelantaba dando aullidos de cólera. Eran casi todos los hijos y parientes, y amigos heridos por las engañosas nuevas de los aventureros. La noticia de que habian sido burlados, oida por dos ó tres mujeres, corrió como en regueros de pólvora y se extendió por todas partes. La reaccion fué terrible. A los gritos de *abajo el charlatan! muera el pícaro! caigan los truhanes!* la multitud se aproximaba, haciendo remolinos en torno de los tres noticiosos, que aun seguian perorando.

—Alto!—gritó una vieja que parecia dirigir el ejército de los ofendidos.

La corriente onduló algunos instantes, y se contuvo.

La vieja adelantó hasta colocarse á algunos pasos de Pero Valiente, y le dijo levantando la voz tan alto como le fué posible:

—Conque todos han muerto!..... á ver, buen hombre, pobre guerrero deshilachado, lastimoso fugitivo de la matanza; contadnos cómo estuvo el caso, repetid lo que habeis dicho, para romper en nuevo lloro sobre la memoria de los difuntos!

—Ay!—exclamó Pero Valiente, y se sumió el casco hasta la mitad de las narices.

Aquello tenia un significado. La vieja era dueña de una taberna, donde el orador habia ido hacia pocas noches á menudear algunos tragos, y sabia que el buen Pero Valiente se habia quedado en la ciudad, como otros muchos que temieron los peligros de la expedicion. La anciana tenia un hijo en las Hibueras, y fué horrible su pesar cuando le dieron la funesta noticia.

—Qué teneis?—preguntó á su parroquiano;—llorais, buen hombre?

—Sí.....—murmuró el otro.

—Redomado hablador!—exclamó de repente la tabernera;—ya os conozco!..... Sois Pero Valiente, prófugo de las filas de Cortés, petardista de fama, ocioso, decidor y trompeta!.....

El pobre hombre se sintió desfallecer, y quedó inmóvil y silencioso por algunos momentos; pero no se dió por vencido, y replicó señalando á sus dos compañeros:

—Bah!..... si creeis que yo miento, aquí teneis á dos arcabuceros de Gil Melodrete, que hablen ellos.... yo no engaño á nadie.....

—Más Melodrete serás tú y el hi de perro que te enseñó tales mentiras,—exclamó la tabernera;—vas á verlo!...

Entonces metió sus manos descarnadas al cuello de Pero Valiente; pero este le descargó tal empujon, que la infeliz anciana voló como un harapo sobre el océano de cabezas.

—A él! gritaron todos.

Al mismo tiempo sintió Pedro en medio de sus labios un soberbio moquete; otros mil llovieron sobre su cabeza; mil dedos coléricos se engancharon en su vestido, y le atrajeron, y desapareció como tragado por la turba.

Por otro lado acontecia lo mismo con los dos arcabuceros.

Hirvió el gentío; los gritos se multiplicaron; como sucede en estos casos, perdióse la conciencia de lo que acontecia, y vino la confusion y el pánico, y los golpes desatentados. Por todas partes se buscaba una salida, y el paso se estrechaba y habia que abrirle por la fuerza; y entonces, por todas partes comenzaron á tronar puñetes, pedradas, palos y mandobles. El mitote subia de punto, cuando se abren las puertas del Palacio; resuenan las trompetas, y aparece Benavides á la cabeza de setenta ginetes, lanza en mano, y revolviéndose con la feroz impaciencia de la batalla. El tumulto se aquieta como por encanto; solo en un ángulo del atrio arruinado del templo se observaba todavía cierta convulsion y se escuchaban algunos gritos. Benavides seguido por seis ó siete caballeros, llega hasta aquel sitio derribando á diestra y siniestra gentes que ruedan por las patas de los caballos tragando polvo y vomitando imprecaciones.

—Ea!..... villanos!..... despejad!—grita el capitan sacudiendo sobre las cabezas con el cabo de la lanza.

Todos se apartan; la multitud retrocede formando un vasto semicírculo, y dejando enfrente, aislado y ante la vista del capitan, un grupo verdaderamente extraño.

Eran dos mujeres, una de ellas anciana, y ambas con los vestidos desgarrados, la cabellera desgrefñada, los labios fruncidos con el gesto de hienas, y los ojos salientes moviéndose con miradas de exterminio.

Las dos mujeres, medio inclinadas sobre el suelo, descargaban sus puños y se levantaban como sacudidas por los reparos de una mula.

Estaban montadas en algo que se removia, cubierto bajo el hilachero de las faldas.

A una señal de Benavides adelantáronse dos hombres del pueblo, y á fuerzas de golpes y estrujones lograron apearse y separar á las dos mujeres.

Entonces pudo descubrirse á la infeliz víctima de aquella refriega.

Era Pero Valiente. Desdichado! estaba inconocible; nadie, aun sin el velo de la sangre, hubiera acertado á distinguir sus facciones en el grupo de los bodoques amaratados que los golpes habian sembrado sobre su rostro. Las barbas, entresacadas á jalones, formaban espantosas marañas, prendidas unas de otras y temblando como el heno que cuelga de las ramas de un cedro.

A veces la cólera del bello sexo es terrible.

Sobre aquella boca ensangrentada, sobre aquella nariz achatada, y sobre aquellos párpados cargados con el peso de anchas equimosis, habia galopado mas de una hora la vergonzosa desnudez de las dos mujeres.

Pero Valiente se puso en pié sonriendo de una manera estúpida.

—Esas dos harpías, á la fortaleza;—dijo Benavides señalando á las aporreantes. Entonces una de ellas, que era la tabernera, se encaró con el capitán, y haciendo por cubrirse los hombros con la camisa que colgaba hecha tiras por la cintura, le dijo:

—Yo no voy..... aunque me hagan trizas.....

—Ni yo!—dijo la otra procurando abrirse paso entre la multitud.

—Cómo es eso?..... perras brujas del diablo!—replicó Benavides; y aventando el caballo sobre la tabernera, la afianzó por un brazo y la lanzó por sobre el grupo de sus ginetes. Dejóse oír un inmenso murmullo.

La otra mujer, sobrecogida con aquel acto de brutalidad, cayó de rodillas.

Un nuevo caballero atravesó al galope toda la anchura de la plaza, llegó hasta donde estaba Benavides, y le dijo al oído algunas palabras.

—Sí?—dijo el capitán;—y esa es la causa del tumulto?

—Sí, señor..... pero en este momento se disponen á salir los heraldos para publicar la noticia. Prepáranse ya los funerales de D. Hernando, y los mismos gobernadores se vestirán el luto, para no dejar el menor márgen á la duda. Salazar y Chirinos quieren que se busque á los promotores del escándalo, y que aquí, á la faz del pueblo, se les castigue por sus embustes.

—Ciertamente; pero ¿quién se encarga de hallarlos? Yo lo mas que puedo hacer es cargar sobre esta gente y hacerla picadillo á lanzadas.

—Oh! no os apureis por eso. Allí tengo entre filas media docena de villanos..... no precisamente los culpables.

—Hola!....

—Pero sus mercedes los gobernadores quieren que se haga un ejemplar; me ordenaron aprehendiese á los primeros que se me vinieran á las manos.

—Y hoy mismo debo ejecutarlos?

—Sí.

—Ea! pues despachadme á esos pobres diablos, y decid á los gobernadores que quedarán servidos.

El caballero se inclinó, picó los hijares de su corcel y partió, desapareciendo entre el gentío.

Pasado algun tiempo, cinco hombres y una mujer comparecian ante Benavides, bien asegurados con lazos, y custodiados por veinte alabarderos. Los hombres iban pálidos:

la justicia protestaba desde el fondo de aquellas miradas inocentes, inundadas de asombro. La mujer iba mortal: gemía levantando al cielo sus ojos llenos de angustia, y sus torneadas manos ya denegridas entre los nudos del mecate.

El pueblo se agitaba presintiendo ya una catástrofe. Oyóse el toque de la trompa, y un poco despues un heraldo anunció al público la tremenda justicia que se iba á ejecutar en las personas siguientes:

Lain Rodriguez, Francisco Matamoros, Francisco Güicochea, Juan Torrilla, Jorge Villadiego y Valencia, y Clara de Grijalva. Todos *por haber desmentido la noticia de la muerte de Cortés*, causando de este modo los desafueros cometidos con los portadores del anuncio.

—Mienten!—gritó Villadiego;—yo no he desmentido á nadie, ni sé lo que pasa, ni cometí desafuero con ningun hijo de cristianos. Vine á ver la zambra, y me cogieron, y esta es la historia.

—Señor,—dijo Güicochea; vos me conoceis á mí y á estos hidalgos que me acompañan; todos hemos sido siempre fieles á vuestra señoría; juramos que todos somos inocentes..... imploramos vuestra generosidad.....

Benavides creyó reconocer al que de tal modo se expresaba; paseó luego su mirada sobre los otros, y no pudo contener un movimiento de sorpresa al descubrir que todos ellos, menos uno, eran antiguos y fieles servidores de su persona.

—Basta!—exclamó dirigiéndose á los alabarderos;—poned en libertad á esos cuatro.

Los soldados obedecieron. Los cuatro hidalgos se desbandaron dando gritos de júbilo, y solo quedaron Jorge Vi-

lladiego y Clara de Grijalva, mirándose con la atónita fijeza del espanto.

—Estos, al *poste*,—dijo Benavides.

—Señor!.....—gritó la mujer, viendo que la arrastraban hácia la columnilla donde se azotaba á los indios;—señor!..... tened piedad de mí!..... señores, compasion, por Dios!..... no para mí, sino para el hijo que llevo en mis entrañas!.....

En efecto, aquella mujer, jóven todavía, mostraba en su vientre las señales inequívocas de su fecunda maternidad.

—Por el diablo!—exclamó un hombre saliendo de entre los espectadores.—Os habeis engañado, no es esa la culpable!.....

Oíanse al mismo tiempo unos gemidos. El hombre aquel traía bien afianzado un blanco brazo, que asomaba retorciéndose con angustia.

Todas las miradas convergen hácia aquel punto. Los curiosos se apartan, y el hombre arrastra á los piés del caballo de Benavides á una jóven hermosa, que ya sin fuerzas para mantenerse en pié, camina barriendo el polvo con sus rodillas.

—Esta,—dice el hombre,—esta es, señor, la sola causa de todo el escándalo; ella ha jurado á todos los vecinos que la noticia es falsa, y dice que su mismo marido es el inventor de la muerte de D. Hernando.

—Sí! sí!—exclaman dos viejas,—esa es Juana Mancilla, sí!..... á nosotras mismas nos ha dicho que no pasa todo de una broma.....

—Cierto!—dicen otras,—ella es, Juana Mancilla.

—Mienten, por vida mia, todos estos bellacos!—grita á

la sazón Pero Valiente barriendo á todos con una mirada de coraje; desnuda su espada, y lánzase contra el hombre que tiene aferrado el brazo de la jóven.

Trábase entonces en medio de los gritos una lucha, en que Juana Mancilla es pisoteada, Jorge Villadiego y la Grijalva ruedan bajo los caballos azorados, y Benavides, conteniendo el suyo que se encabrita sobre la cabeza de los combatientes, contempla el cuadro, mostrando con sus risotadas que halla gran fruición y divertimento en aquella terrible revoltura de golpes.

En fin, Pero Valiente, ya fatigado con las anteriores sacudidas, queda casi exánime bajo los puñetazos de su adversario. Villadiego se escurre entre la multitud, como una víbora por el sembrado. La Grijalva, desmayada, sale de la escena trasportada sobre un *tapestle*, con los ojos bajos y amoratados, la boca entreabierta, y una mano sobre el seno y la otra lánguida y empolvada, colgando.

Quedaba la mujer de Valiente. A una señal de Benavides, un hombre la sujetó por los codos, y otros dos le quitaron la saya, y comenzaron á desceñirla sus ropas interiores. El pudor ultrajado, que pone en la mujer la ira, la fuerza y la bravura de los tigres, dió á los brazos de Juana Mancilla tal vigor, que los nudos no bien asegurados del cordel, se deshicieron, y el puño ya libre se disparó sobre los ojos de uno de los ejecutores, que quedó bañado en un raudal de sangre. Juana quiso evadirse; algunos curiosos compasivos le abrieron paso; pero aquel hombre, humillado con la risa de Benavides y embravecido con el dolor del golpe, asió á la jóven por la cabellera, y de un tiron la hizo azotarse contra el suelo. Un grito de horror se escapó de todas las bocas. Las mujeres huyeron.

Los hombres rechinaron los dientes y crisparon sus puños. No obstante, viendo brillar las lanzas, devoraron su indignación y quedaron inmóviles.

Juana Mancilla se incorporó apoyándose con una mano en la tierra; con la otra recogió tras de la oreja su pelo lleno de basura. Su semblante estaba cárdeno, su mirada hermosa tenia la divagación del aturdimiento, su nariz se dilatava jadeante, y la sonrisa de sus labios, tan blancos como los dientes, era, si es posible, dulce y feroz, despreciativa y doliente. Los otros dos ejecutores casi la contemplaban con lástima.

—Qué esperais?—les gritó Benavides.

Entonces volvieron á apoderarse de la jóven, y se renovaron las violencias. Aquello fué una baraunda infernal, siniestra, vergonzosa, en que obscenos juramentos se mezclaban con gritos desgarradores, y pujidos de carnicero con invocaciones supremas á la Madre de Dios, pronunciadas por una voz femenil trémula.

Era el retozo de la muerte. Rebullíanse todos. Una baquinia convertida en harapos iba y venia, azotando la tierra y levantando espesas nubes de polvo. Entre la bruma podia distinguirse la promiscuidad espantosa de alpargatas, de manos, de brazos hercúleos, y unos muslos blancos desnudos.

Esto no podia prolongarse. Juana Mancilla quedó cubierta solamente por la camisa, y casi muerta, mas bien por la vergüenza que por los estrujones y los golpes, fué llevada en peso al sitio fatal y atada al poste de la picota.

Entonces Benavides hizo la señal; vibró el azote y comenzaron los gritos. Nadie tuvo valor de escucharlos. La plaza, como escombrada por un soplo, quedó desierta.